

## LA LUPA DE KIERKEGAARD

Juan A. Fernández Manzano

Desde la distancia todo parece difuso. Para distinguir al hombre concreto han de acercarse las lentes un poco más. Así podremos vislumbrar los perfiles que bosquejan su trayectoria vital. La biografía del autor y su aventura existencial sólo pueden apreciarse desde la corta distancia en la que se entremezclan la vida y los quehaceres. Desde este ángulo, el profesor Rafael Larrañeta en *La lupa de Kierkegaard*<sup>1</sup>, nos adentra en la búsqueda de la verdad de un hombre vivo y angustiado, de carne y hueso, que se agita en el marco simbólico y cultural danés del siglo XIX, pero que asume un amplio margen de maniobra para configurar su pensar y su actuar con libertad dentro y al margen de lo establecido.

La carencia de un sentido evidente del mundo provoca que los hombres deambulen instalados en la fatalidad de saber que todo cuanto son apenas es un efímero suspiro, la llama frágil de una vela que se extinguirá para siempre. El sentido de la existencia, ausente de por sí, dependerá siempre de la perspectiva humana. El plan de vida que el actor social se trace, en su caminar, dotará de sentido y valor a las cosas en diálogo-discusión con los códigos culturales de su momento. Atribuir sentido al mundo, y en particular a la propia vida, es una de las grandes inquietudes vitales. La vida parece exigir ser inteligible y estar orientada hacia un fin razonable que la provea de justificación. Todo hombre tiene ante sí, por acción u omisión, esta ineludible cuestión de elegir y modelar su propia existencia.

La tarea filosófica primera de Kierkegaard es la de buscar el sentido de las cosas, o tal vez crearlo. La necesidad de dar forma a un proyecto vital personal capaz de mover a la acción y de articular lo dado. Para el profesor Larrañeta, esta búsqueda de la verdad en la vida es esencial para comprender al filósofo y al hombre: *“Sin esta vinculación vital a la pregunta por la verdad, nunca podremos entender bien su biografía, ya que es la compañera fiel de Søren en el aula, en la alcoba, en el púlpito de la Iglesia, en la calle y hasta en los talleres del impresor.”*<sup>2</sup>

Esta labor personal es la de vivir, pero vivir con la pasión necesaria para entender la vida como si fuera una obra de arte que se construye a cada paso. Vivir es una tarea tan desesperada como necesaria que no puede ser confiada unidireccionalmente al papel rector de unas pretendidas esencias inmutables heredadas de antiguo. Hace falta salir de lo impuesto para concebir, forjar y

---

<sup>1</sup> Rafael LARRAÑETA, *La lupa de Kierkegaard*, Editorial San Esteban, Salamanca 2002

<sup>2</sup> *ibidem*, p. 48

llevar a efecto un proyecto original y particular. La pasión de existir de Søren Kierkegaard parte de una apasionada defensa del individuo, del sujeto único, completo y en primera persona que se convierte en pieza irreductible de lo real, en objeto y sujeto de su filosofía, que no admite ser mutilado en constructos parciales y cuya capacidad explicativa es siempre directamente proporcional a su simplicidad. Reacciona así contra las perspectivas idealizadas o de masa que reducen su pluridimensional complejidad, de manera especial contra el intento hegeliano de someter a sistema la existencia, por desfigurar la particular trama vital de lo humano, cuya textura no se deja aprehender desde la óptica de la categorización y sistematización comprensiva. Larrañeta coincide con Kierkegaard en que la teoría hegeliana es incapaz de dar cuenta de la naturaleza única del espacio antropológico de construcción personal. La vida, paradójica e inaprensible, no se somete. La existencia y el pensamiento son irreductibles a esquemas objetivos o ideales: *“En una palabra, el existir del hombre individual no es como el del un objeto ni como el de un pensamiento. Al primero le falta la fuerza del cognoscente, al segundo le sobra abstracción.”*<sup>3</sup>. En otra interesante obra Larrañeta afirma que *“la vida con sus incontables avatares con sus extrañas coincidencias, seguirá sorprendiéndonos siempre”*<sup>4</sup>

Søren Kierkegaard desplaza el espacio de la verdad hacia la materialización de esa verdad en la vida de cada individuo. Y es a este individuo a quien le viene impuesta la tarea de construirse en sus acciones, pudiendo optar entre la ruptura o la repetición, entre ser Don Quijote o Sísifo. Este proceso de construcción personal no parte de la nada, pues el individuo está ya dentro de una cultura que se le presenta como un agregado de pautas de conducta, disposiciones y hábitos que han superado el paso del tiempo. Nacemos instalados en un mundo y en un lenguaje que poseemos y nos poseen dentro de unas estructuras, a la vez rígidas y maleables, que pretenden poner algo de luz en el caos. Vivir en un contexto supone estar instalados dentro de todo un complejo sistema de mecanismos sociales que posibilitan la vida en común. Las instituciones y pautas sociales proporcionan modelos de acción de los que carece nuestra herencia biológica. Una parte primordial del proceso de aculturación y socialización de los jóvenes consiste en el conocimiento y aceptación de todos estos modelos socioculturales. Sin embargo, llega un momento en que el individuo pensante alcanza la madurez intelectual, hace uso de su capacidad de pensar, y puede replantearse estos modelos prefabricados, a menudo gastados por el uso, en los que ha sido educado. Éste es el germen del movimiento crítico, el momento en el que el hombre se lanza a la travesía de vivir sin mapa alguno, conduciendo su vida como un experimento creativo, en el que el personaje vive su papel y se inventa lo que quiere ser. Es un llamamiento a vivir conforme a unas creencias propias, una íntima inclinación vocacional a

---

<sup>3</sup> *ibidem*, p. 50

<sup>4</sup> Rafael LARRAÑETA, *Lecciones para la clase de utopía*, Editorial San Esteban, Salamanca 2000, p. 14.

hacerse, eligiendo un tipo de actos y rechazando otros, marcando una forma de vida y unas convicciones, sin las que se navegaría al azar, o siguiendo un rumbo impuesto. La elaboración de un plan de vida es una creación poética apasionada en la que cada cual diseña su personaje y sus creencias. De esta elaboración surge un asidero al devenir humano capaz de sacar a flote la existencia.

El proyecto vital de un sujeto se puede construir sobre los moldes y las pautas socialmente aceptados, obteniendo un hombre homogéneo, o puede ser una labor de creación, como la don Alonso Quijano, espíritu libre, arriesgado y crítico, que, insatisfecho con sus condiciones de vida, se inventa una nueva existencia con un nuevo personaje y un nuevo nombre. Del mismo modo, Kierkegaard inventa su personaje, toma diversos heterónimos y se decanta por una filosofía quijotesca y práctica, cuestionante y crítica, pero ante todo, congruente. La existencia y la seguridad objetiva no van de la mano. La vida es locura, riesgo y pasión interior, y poco tiene en común con la especulación desapasionada de un divagar contemplativo. Kierkegaard se sumerge en la búsqueda del secreto de la existencia, la apasionante aventura interior de llegar a una verdad real, que sirva para vivir. Esta es la más noble causa de la filosofía, lo demás es dandismo intelectual o especulación ataráxica.

Para entender cómo Kierkegaard forja su trayectoria vital el profesor Larrañeta describe, en la obra que comentamos, algunos pasajes significativos de su vida. Søren Aabye Kierkegaard fue el menor de siete hermanos, hijo de unos padres ya maduros. Injertado en la angustiada visión de un mundo estricto, asfixiante y gris, que sobrevaloraba el sacrificio, el sufrimiento y la renuncia. El joven Kierkegaard pronto aprendió a vivir en una melancolía y abatimiento impropios de un joven. Las severas costumbres familiares y la rigidez de su educación modelaron una infancia triste en una atmósfera densa de costumbres adustas, salpicada de abundantes visitas al cementerio. Tristeza y fe coexistían, despertándole una temprana conciencia de la muerte. Decisiva fue la magna figura del padre, a cuya fe se mantiene con una inquebrantable fidelidad desde muy joven. A pesar de su rebeldía en otros aspectos, mantuvo una sumisa actitud de obediencia hacia la fe, entendida como un modo de vida acorde con los principios originales y distanciado de las jerarquías eclesiásticas y sus miserias. Su vocación empieza ya debatiéndose entre la filosofía y la teología. Asistía con regularidad a los actos religiosos y al mismo tiempo se interesaba por el pensamiento filosófico. En la universidad, siguiendo el organigrama de los estudios del medioevo, se dedica a la literatura, la teología, la filosofía, a la comprensión de los autores griegos, latinos y alemanes. Muestra un gran dominio del latín, el griego, la historia, las matemáticas, la lengua danesa y una viva atracción por la música, el teatro y la ópera.

Constituye una inflexión determinante de su vida la ruptura con Regina Olsen, la única mujer de su vida, tras cuatro años de relación, lo que le

provoca el primer impulso vehemente de su quehacer estético. La situación, propiciada por él mismo, le colocó ante la urgencia de rehacer su existencia entre las alternativas siguientes: la posibilidad de optar por una vida disipada, con la que tuvo ciertos coqueteos y que a menudo describe como la faceta sensorial, mundana y vacía del Don Juan; o la necesidad de encontrar un compromiso pleno de sentido al que aferrarse. En este trance, largo y doloroso, estaban presentes los ámbitos más significativos de su vocación: el religioso, el filosófico y el estético, a los que dedicó todos sus escritos.

Estaban en juego su gusto por la poesía, su espíritu crítico, devoto y atento, su etapa de estudiante serio y aplicado y sus aspiraciones a ser pastor rural. En esta encrucijada, Kierkegaard un joven universitario, hijo de un rico comerciante, podría haber optado por seguir una vida cómoda en la Universidad de Copenhague o como pastor luterano en un pequeño pueblo, pero apostó por la reescritura de su vida, por la soledad voluntaria y la completa dedicación a su compromiso con la verdad y la belleza, una misión que se ubica entre la literatura, la religión y la filosofía. Regina era incompatible con el destino en soledad que Kierkegaard pretendía. Una cosa parece cierta, no estaba dispuesto a dejar pasar su vida de forma pasiva, quería diseñarla desde una posición personal y construirla conforme al plan establecido. La dicotomía que Søren Kierkegaard confronta es la clásica distinción entre el plano material y espiritual de la existencia. Optar por el Don Juan, a la larga insatisfactorio, o profundizar en su espiritualidad, que se plantea como una pugna entablada entre lo finito y lo inmarcesible. Lo eterno, que nace del interior de cada individuo, hace su llamada en forma de angustia, como vértigo ante una profundidad imponente y temible, inexistente en el plano horizontal de la inmanencia. Kierkegaard se debate entre estas dos esferas, conduciendo su vida entre la libertad y la necesidad, entre lo mortal y las ansias de inmortalidad, el cuerpo y la esfera inmaterial. Este debate interno evidencia su afán por buscar la verdad, la autenticidad personal, la huida de una vida falsificada. Finalmente seguirá su mandato interior, respondiendo a una vocación que le llama a no ser otro que él mismo. No puede entenderse en Kierkegaard un filosofar desvinculado del existir; la biografía y el pensamiento se entrecruzan nuevamente en el danés.

Otro aspecto especialmente decisivo irrumpe en la vida de Kierkegaard cuando se plantea con su acostumbrado rigor la tercera pregunta kantiana “¿qué me cabe esperar?”. La cuestión le conduce a un territorio que trasciende el entorno inmediato y le interpela a plantear una existencia no apegada al presente. ¿Se puede vivir sin los valores de la trascendencia? Para muchos, un proyecto de vida inmanente carece de sentido. Quizá el profundo desvalimiento humano, su fragilidad constitutiva, el sentimiento de sentirse un animal inacabado instalado frente a lo natural y la terrible conciencia de la finitud, sean la causa de una búsqueda más allá de lo natural. Así ha sido desde el principio de los tiempos. El hombre, siguiendo una determinación inherente a su condición racional, ha perseguido siempre el sentido y la inteligibilidad de lo real. Las frecuentes acciones ilógicas y los

acontecimientos absurdos que nos rodean son insufribles y no encuentran acomodo dentro de las perspectivas racionales del individuo. Recordemos que para Platón, las cosas adquirirían al mismo tiempo su ser y su cualidad de inteligibles, de manos del Bien.<sup>5</sup> Pero desgraciadamente, esa claridad desveladora del bien no siempre acompaña a las cosas, quedando éstas en ocasiones desdibujadas por una oscuridad que se torna insoportable. El sinsentido de la entrada en escena de una sombra por encima de la lógica genera una fuerte disonancia que parece desembocar en la necesidad de lo trascendente como bálsamo mitigador. Las inseguridades vitales y el *terror mortis* están en el origen del animismo, del que se deriva la creencia religiosa. Una operación que consiste en transformar el absurdo del mal en misterio divino, o en otras palabras, la vertiente desiderativa del psiquismo humano es capaz de crear mundos trascendentes. La sepultura del hombre es la cuna de los dioses, decía Feuerbach.

Kierkegaard se decide a cruzar, consecuentemente, el umbral de la esfera inmanente a la religiosa y se ancla firmemente en este nivel de sometimiento absoluto a la voluntad de Dios, donde encuentra su auténtica libertad. La vivencia religiosa entendida como diálogo entre el yo humano y Dios, de fe y sometimiento a lo Trascendente. En este desplazamiento la razón se halla muy limitada. Saltar desde la cima de las más profundas convicciones, es un paso tendente a evitar la angustia desesperante, con la entrada en el mundo de la fe, territorio paradójico y plagado de riesgos. El salto hacia la fe es un proceso complejo descrito como un sentimiento de dependencia, de pertenencia absoluta, de miedo, o de sensación oceánica. Lo sagrado es lo inquietante, lo casi repulsivo y sublime o fascinante. El creyente vive una sensación de imperfección y humildad, que se contrapone a la figura divina, que eleva las imperfectas categorías humanas a su grado de perfección extrema. Este salto a la fe es indudablemente un corte epistemológico. Un misterio que escapa manifiestamente a las leyes que rigen la mente humana y abre un terreno nuevo fuera de las fronteras de la razón, inexplicable para quienes no han dado el salto. Kierkegaard presenta a Abraham como el modelo de la fe, la quintaesencia del abandono racional y ético ante la magnificencia del hecho religioso. Hasta el punto de disponerse al asesinato de su hijo como oblación absurda, sin otro fundamento que el de obedecer ciegamente a un dios caprichoso que precisamente ante la obediencia absoluta se torna magnánimo y perdona la vida del joven Isaac. Este es el sentido último de la fe, la afirmación de lo absurdo, la "*suspensión de la ética*", la entrega, la renuncia y la caída al vacío. Kierkegaard acepta plenamente este paso, aunque suponga vivir en la paradoja: "*La paradoja es la pasión del pensamiento y un pensador sin paradoja es como el amante sin pasión: un mediocre modelo*"<sup>6</sup>

La obediencia del creyente le sitúa fuera del espacio de la propia razón, en cuanto a sus causas últimas. La fe del carbonero, que no necesita pruebas

---

<sup>5</sup> República. Platón, 509b.

<sup>6</sup> Søren KIERKEGAARD. *Migajas filosóficas o un poco de filosofía*. Editorial Trotta, p. 51

para creer, la de la gente más sencilla es la más auténtica por estar lejos de los artificios pseudorracionales que no llevan a ningún lugar seguro, ya que la fe es la creencia en algo no demostrado ni demostrable por medio de la experiencia o la razón. Søren Kierkegaard instalado sólidamente en el territorio de la fe, proclamada su sumisión a ella, sin embargo no se comportó como ciego o incapaz para deplorar la distorsión a la que eran sometidos los principios cristianos de forma sistemática. Fue la distorsión del tradicional mensaje cristiano y su mutación en una ideología conservadora lo que motivó principalmente su protesta. La institucionalización de lo religioso parece contradecir la autenticidad de la creencia. La iglesia se convirtió en dispensadora funcional de los sacramentos, un poder por completo ajeno a las causas que le dieron origen. La reacción de Søren Kierkegaard fue de enérgica oposición a la iglesia oficial luterana danesa, convertida en la rutinaria agente de la fe, sin consideración a las vivencias personales e íntimas de los sujetos. Kierkegaard censura duramente ese cristianismo domesticado y adocenado, apelando continuamente a la recuperación de los valores religiosos y éticos de la Iglesia Cristiana originaria. El gran rigor de la verdad libertadora era parte del mensaje cristiano y debía ser mantenido. Era una crítica de creyente indignado, abanderado de un cristianismo más auténtico, que percibía cómo, en nombre de la fe, se adulteraba el mensaje original por parte de quienes deberían ser sus más fieles custodios. La voluntad de poder de la iglesia, el anquilosamiento de los ritos y la pérdida del sentido primigenio exigían una crítica a la institución. En esta última batalla que llega hasta su muerte, abandonó los pseudónimos y lanzó su discurso contra los falsificadores de su fe paterna. Søren Kierkegaard no podía tolerar ser testigo de cómo lo más noble y personal del hecho religioso quedaba depauperado. La fe como profunda decisión subjetiva quedaba reducida a una mera marca de nacimiento dentro de una poderosa iglesia estatal. Un cristianismo oficial, establecido e impuesto, desposeído de lo más sustancial y radical: el hecho de poder asumir, libre de coacciones, el paso a la fe. Su reacción contra el cristianismo de Estado se sustentaba sobre la situación imperante que impedía al individuo modelar su propia vida en función de sus vivencias.

Esta fase final le debió implicar una gran tensión. Estaba criticando desde dentro, desde los mismos soportes sobre los que asentaba su fe, el edificio religioso de su nación, que era parte indisoluble de su propia idiosincrasia. La lucidez con la que escribía era tomada por locura por algunos de sus contemporáneos, lo que perturbó su espíritu hasta el fin. Optó sin embargo por seguir con su compromiso, lo que otorga un valor especial de honestidad a esta su última labor. Supo mantener siempre la lealtad a los principios. En este territorio límite de las cuestiones últimas, se enfrentó con los dilemas ante los que cada individuo debe tomar postura: elegir qué vida vivir, tomar postura ante el mundo y luchar por sus convicciones. La labor del filósofo será la de cuestionar y combatir las falsas ideas con independencia de sus potenciales efectos prácticos y guardar un respetuoso silencio ante el eje de creencias de cada individuo. Es coherente que desde

las vivencias y el pensamiento se asuman las creencias religiosas para conducir el destino tras haber realizado un proceso interior reflexivo y personal. Quien evita este proceso de autoconstrucción y lo sustituye por el acomodo a las creencias de otros, se instala en la angustia de la superficialidad o de la impostura. Los problemas de la existencia culminan ante la llegada del destino inexorable: la muerte. Momento de sufrimiento y teofanía en el que, como afirma Rafael Larrañeta, se manifiesta la verdadera sabiduría, *“la última y suprema sabiduría, consiste en morir ‘bien’. Lo serio no está, por tanto, en la muerte, sino en el pensamiento sobre la certeza de morir”*.<sup>7</sup>

Ante la muerte, podemos imaginar al filósofo en su deliberada soledad, dejando atrás toda una vida llena de búsqueda de sentido en un mundo difícil, que exige inventarse a cada paso nuevas sendas que bordeen los estrechos márgenes de los caminos trazados por los otros. Atrás quedan las luces de Dinamarca, su infancia dura, su juventud rebelde y su madurez luchadora. En los postreros momentos, fiel a su fe, el pastor rural que no llegó a ser se niega a recibir la extremaunción de manos de un clérigo de la iglesia oficial danesa. Con la leve ironía de quien se despide, dejaba un último ejemplo de estoicismo y coherencia con sus principios.

---

<sup>7</sup> Rafael LARRAÑETA, *La lupa de Kierkegaard*, Editorial San Esteban, Salamanca 2002, p.